

1 de julio

PRECIOSA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Título de las Congregaciones

Solemnidad para los Misioneros CPPS y las ASC

En la iglesia de san Nicola in Carcere de Roma, tradicionalmente conocida por la devoción a la Sangre de Cristo, don Francisco Albertini en 1808 instituyó una pía asociación, que inauguró con la predicación de su amigo don Gaspar del Bufalo, “el más grande apóstol de la Sangre de Cristo” (Juan XXIII), que en 1815, fundó la Congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre.

La joven María De Mattias, durante la Misión que en 1822 don Gaspar tuvo en Vallecorsa, quedó profundamente impresionada por la predicación, y fue madurando la idea de dar vida a una Congregación de hermanas que más tarde, en 1834, fundó en Acuto, bajo el título de Adoratrices de la Preciosa Sangre.

En 1849 el papa Pío IX, a su regreso del exilio de Gaeta a Roma, con el decreto “*Redempti sumus*” del 10 de agosto de 1849, extendió a la Iglesia universal la fiesta de la Preciosa Sangre de nuestro Señor Jesucristo. El papa Pío X, en 1914 estableció la fiesta el uno de julio. El papa Pío XI, en memoria del Jubileo de la Redención, en 1934 la elevó al grado de solemnidad. El papa Pablo VI, con la reforma del Calendario, la unió a la solemnidad del *Corpus Domini*. Las Congregaciones que se inspiran en la Sangre de Cristo, siguen celebrando la fiesta de la Preciosa Sangre el uno de julio.

I Vísperas

HIMNO

Por la sangre del Cordero fuimos rescatados,
lavadas en él nuestras vestiduras,
salvados y hechos nuevos en el Amor,
a ti, Cristo Jesús, cantamos nuestra alabanza.

Contigo hemos estado en la Cruz,
contigo, en tu muerte, hemos sido bautizados;
contigo estamos, Cristo, resucitados,
y en el seno del Padre encontramos nueva vida.

Oh Cristo, tu vida es una inmensa fuente
de gozo, que brota eternamente:
esplendor sin fin, en ti se sumerge
la humana pequeñez de los redimidos.

Nuestro día va declinando:
quédate con nosotros, Señor, en esta tarde,
y la certeza de nuestra fe
ilumine la noche que va avanzando.

Haz que nuestra muerte sea absorbida
por la luz gloriosa de la Pascua,
y, muertos ya en tu misma muerte,
vivamos en ti, que eres nuestra vida.

A ti Padre de bondad, te lo pedimos
por medio de tu Hijo, resucitado,
y por el Amor eterno que nos guía
hacia la luz de tu rostro.
Amén.

O bien otro himno o canto apropiado aprobado por la autoridad eclesiástica.

Ant. 1. Habéis sido rescatados a un precio inestimable.
Glorificad a Dios con vuestro cuerpo.

SALMO 113 B **Himno al Dios verdadero**

Abandonando los ídolos, os volvisteis a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero (1Ts 1,9)

No a nosotros, Señor, no a nosotros,
sino a tu nombre da la gloria,
por tu bondad, por tu lealtad.
¿Por qué han de decir las naciones:
«Donde está su Dios»?

Nuestro Dios está en el cielo,
lo que quiere lo hace.
Sus ídolos, en cambio, son plata y oro,
hechura de manos humanas:

tienen boca, y no hablan;
tienen ojos, y no ven;
tienen orejas, y no oyen;
tienen nariz, y no huelen;

tienen manos, y no tocan;
tienen, pies y no andan;
no tiene voz su garganta:
que sean igual los que los hacen,
cuantos confían en ellos.

Israel confía en el Señor:
él es su auxilio y escudo.
La casa de Aarón confía en el Señor:
él es su auxilio y escudo.
Los fieles del Señor confían en el Señor:
él es su auxilio y escudo.

Que el Señor se acuerde de nosotros y nos bendiga,
bendiga a la casa de Israel,
bendiga a la casa de Aarón;

bendiga a los fieles del Señor,
pequeños y grandes.

Que el Señor os acreciente,
a vosotros y a vuestros hijos;
benditos seáis del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.
El cielo pertenece al Señor,
la tierra se la ha dado a los hombres.

Los muertos ya no alaban al Señor,
ni los que bajan al silencio.
Nosotros, sí, bendeciremos al Señor
ahora y por siempre.

Ant. Habéis sido rescatados a un precio inestimable.
Glorificad a Dios con vuestro cuerpo.

Ant. 2. Toda la creación, a una sola voz,
cante el poder de la sangre de Cristo.

SALMO 148 Alabanza del Dios creador

Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos (Ap 5, 13)

Alabad al Señor en el cielo,
alabad al Señor en lo alto.

Alabadlo, todos sus ángeles;
alabadlo, todos sus ejércitos.

Alabadlo, sol y luna;
alabadlo, estrellas lucientes.

Alabadlo, espacios celestes
y aguas que cuelgan en el cielo.

Alaben el nombre del Señor,
porque él lo mandó, y existieron.

Les dio consistencia perpetua
y una ley que no pasará

Alabad al Señor en la tierra,
cetáceos y abismos del mar

rayos, granizo, nieve y bruma,
viento huracanado que cumple sus órdenes,

montes y todas las sierras,
árboles frutales y cedros,

fieras y animales domésticos,
reptiles y pájaros que vuelan.

Reyes y pueblos del orbe,
príncipes y jefes del mundo,
los jóvenes y también las doncellas,
los viejos junto con los niños,
alaben el nombre del Señor,
el único nombre sublime.
Su majestad sobre el cielo y la tierra;
él acrece el vigor de su pueblo.
Alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo escogido.

Ant. Toda la creación, a una sola voz,
cante el poder de la Sangre de Cristo.

Ant. 3. Cristo, con la sangre de su cruz,
hizo la paz con todos los seres del cielo y de la tierra.

CÁNTICO Ap 4, 11; 5, 9. 10. 12

Himno de los redimidos

Eres digno, Señor, Dios nuestro,
de recibir la gloria, el honor y el poder,
porque tú has creado el universo;
porque por tu voluntad lo que no existía fue creado.

Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos,
porque fuiste degollado
y con tu sangre compraste para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación;
y has hecho de ellos para nuestro Dios
un reino de sacerdotes,
y reinan sobre la tierra.

Digno es el Cordero degollado
de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría,
la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.

Ant. Cristo, con la sangre de su cruz,
hizo la paz con todos los seres del cielo y de la tierra.

LECTURA BREVE

Hb 9, 11-12

Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tabernáculo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombres, es decir, no de este mundo creado. No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario de una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna.

RESPONSORIO BREVE

- R.** Anunciamos a Jesús, el amor crucificado: * su sangre reconcilia la tierra con el cielo.
Anunciamos a Jesús, el amor crucificado: su sangre reconcilia la tierra con el cielo.
- V.** A todos dona paz y redención;
* su sangre reconcilia la tierra con el cielo.
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
Anunciamos a Jesús, el amor crucificado: su sangre reconcilia la tierra con el cielo.

Magnificat, ant. Con la Virgen Madre, origen de la sangre de Cristo,
exultemos en Dios, nuestro salvador.

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia para siempre.

Magnificat, ant. Con la Virgen Madre, origen de la sangre de Cristo,
exultemos en Dios, nuestro salvador.

PRECES

Con fe y gratitud, supliquemos a Cristo que en su sangre ha reconciliado a la
humanidad con Dios.

Por tu sangre, derramada por nosotros, escúchanos, Señor Jesús.

Señor Jesús, que en la hora vespertina entregaste tu vida en sacrificio de expiación;

- te rogamos por tu Iglesia: hazla instrumento eficaz de unidad, de comunión y de paz para todo el género humano.

Señor Jesús, tu sangre derramada por nosotros es la expresión de tu infinito amor;

- te rogamos por todos los pueblos: orienta y escucha sus deseos de libertad, de justicia y de verdad.

Señor Jesús, con tu preciosa sangre nos justificaste ante el Padre;

- te rogamos por los pobres, los que sufren, los marginados: haz que en sus necesidades puedan experimentar nuestra solidaridad, ayuda y apoyo.

Señor Jesús, con la fuerza de tu sangre nos libras del maligno;

- te rogamos por todos los que anuncian el evangelio: concédeles claridad en el anuncio, coherencia en la vida y el gozo de poder compartir tu victoria sobre las fuerzas del mal.

Señor Jesús, con tu sangre purificas y nutres a tu Iglesia;

- te rogamos por esta comunidad: haz que cada día encuentre en la Eucaristía, cima y fuente de vida, el alimento para la misión.

Señor Jesús, crucificado y resucitado por nosotros, a ti que concediste el perdón al ladrón arrepentido;

- te rogamos por nuestros difuntos: concédeles participar en el banquete de las bodas eternas, en la gloria de los bienaventurados.

Padre nuestro.

ORACIÓN

Oh Padre, que con la sangre de tu Hijo Jesús, cordero inmolado en la cruz, nos has redimido, santificado y constituido tu pueblo sacerdotal: haz que todos los hombres acojan este don de tu amor, lo celebren en el gozo del Espíritu, y apaguen su sed en el cáliz eucarístico, signo de tu alianza y bendición. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Oficio de lecturas

INVITATORIO

Ant. Venid, adoremos a Cristo Jesús, redentor del mundo,
que derramó su sangre por nuestra salvación.

SALMO 94 Invitación a la alabanza divina

Animaos los unos a los otros, día tras día, mientras dure este “hoy” (Hb 3, 13)

Venid, aclamemos al Señor,
demo vítulos a la roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos.

Se repite la antífona.

Porque el Señor es un Dios grande,
soberano de todos los dioses:
tiene en su mano las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes;
suyo es el mar, porque él lo hizo,
la tierra firme que modelaron sus manos.

Se repite la antífona.

Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía.

Se repite la antífona.

Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras.

Se repite la antífona.

Durante cuarenta años aquella generación me asqueó, y dije:
“Es un pueblo de corazón extraviado,
que no reconoce mi camino;
por eso he jurado en mi cólera,
que no entrarán en mi descanso.”»

Se repite la antífona

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Se repite la antífona.

Puede sustituirse por el salmo 99, 66, 23.

HIMNO

Creados para la gloria de tu nombre,
redimidos por tu sangre en la cruz,
marcados por el sello del Espíritu,
te invocamos: sálvanos, Señor.

Tú rompes las cadenas de la culpa,
proteges a los humildes, libras a los oprimidos
y conduces hacia el cielo, por apacibles pastos,
al pueblo que cree en tu amor.

Alabanza y honor a ti, pastor bueno,
luz radiante de eterna luz,
que vives con el Padre y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos. Amén.

O bien otro himno o canto apropiado aprobado por la autoridad eclesiástica.

Ant. 1. He aquí, que vengo,
pues de mí está escrito en el rollo del libro,
a hacer, oh Dios, tu voluntad.

SALMO 2 **El Mesías, rey vencedor**
Se aliaron contra tu santo siervo Jesús, tu Ungido (Hch 4, 27)

¿Por qué se amotinan las naciones,
y los pueblos planean un fracaso?

Se alían los reyes de la tierra,
los príncipes conspiran
contra el Señor y contra su Mesías:
«Rompamos sus coyundas,
sacudamos su yugo.»

El que habita en el cielo sonrío,
el Señor se burla de ellos.
Luego les habla con ira,
los espanta con su cólera:
«Yo mismo he establecido a mi rey
en Sión, mi monte santo.»

Voy a proclamar el decreto del Señor;
él me ha dicho:
«Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy.
Pídemelo: te daré en herencia las naciones,
en posesión, los confines de la tierra:
los gobernarás con cetro de hierro,
los quebrarás como jarro de loza.»

Y ahora, reyes, sed sensatos;
escarmentad, los que regís la tierra:
servid al Señor con temor,
rendidle homenaje temblando;
no sea que se irrite, y vayáis a la ruina,
porque se inflama de pronto su ira.
¡Dichosos los que se refugian en él!

Ant. He aquí, que vengo,
pues de mí está escrito en el rollo del libro,
a hacer, oh Dios, tu voluntad.

Ant. 2. Él ha sido traspasado por nuestros delitos.
Sus llagas nos han curado.

SALMO 3 **Confianza en medio de la angustia**

Durmió el Señor el sueño de la muerte y resucitó del sepulcro porque el Padre fue su ayuda (S. Ireneo)

Señor cuantos son mis enemigos,
cuantos se levantan contra mí;
cuantos dicen de mí:
«Ya no lo protege Dios.»

Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria,
tú mantienes alta mi cabeza.
Si grito invocando al Señor,
él me escucha desde su monte santo.

Puedo acostarme y dormir y despertar:
el Señor me sostiene.
No temeré al pueblo innumerable
que acampa a mi alrededor.

Levántate, Señor;
Sálvame, Dios mío:
tú golpeaste a mis enemigos en la mejilla,
rompiste los dientes de los malvados.

De ti, Señor, viene la salvación

y la bendición de tu pueblo.

Ant. Él ha sido traspasado por nuestros delitos.
Sus llagas nos han curado.

Ant. 3. Infundiré en la casa de David
un espíritu de gracia y de consolación:
mirarán al que traspasaron.

SALMO 15 **El Señor es el lote de mi heredad**
Dios resucitó a Jesús rompiendo las ataduras de la muerte (Hch 2, 24)

Protégeme, dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tu eres mi bien.»
los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Ant. Infundiré en la casa de David
un espíritu de gracia y de consolación:
mirarán al que traspasaron.

V. Y compraste para Dios con tu sangre.

R. Y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes.

PRIMERA LECTURA

De la carta a los Hebreos

9,11-22; 10, 19-24

Cristo sella la nueva alianza con su sangre

Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tabernáculo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombres, es decir, no de este mundo creado. No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario de una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna.

Si la sangre de machos cabríos y de toros y el rociar con las cenizas de una becerra tienen el poder de consagrar a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.

Por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna. Mirad, para disponer de una herencia es preciso que conste la muerte del testador; pues un testamento adquiere validez en caso de defunción; mientras vive el testador, todavía no tienen vigencia. De ahí que tampoco faltase sangre en la inauguración de la primera alianza. Cuando Moisés acabó de leer al pueblo todas las prescripciones contenidas en la ley, cogió la sangre de los becerros y las cabras, además de agua, lana escarlata e hisopo, y roció primero el libro mismo y después al pueblo entero, diciendo: «Ésta es la sangre de la alianza que hace Dios con vosotros.» Con la sangre roció, además, el tabernáculo y todos los utensilios litúrgicos. Según la ley, prácticamente todo se purifica con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay perdón.

Hermanos, teniendo entrada libre en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura. Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa; fijémonos los unos en los otros, para estimularnos a la caridad y a las buenas obras.

RESPONSORIO

Cf Ef 2, 13-14

- R. Ahora, por la sangre de Cristo, estáis cerca los que antes estabais lejos.
* Él es nuestra paz, Él ha hecho de los dos un solo pueblo.
V. Dios quiso reconciliar en Cristo todas las cosas.
R. Él es nuestra paz, Él ha hecho de los dos un solo pueblo.

SEGUNDA LECTURA

De los escritos de san Gaspar del Bufalo, sacerdote

(De las "Deferentes Advertencias sobre la Confraternidad de la Preciosa Sangre de N.S.J. presentadas al Papa León XII. Cf. Escritos del Fundador, vol. XII, ff. 80-81)

*En el culto a la sangre de Cristo
está compendiada toda la fe cristiana*

No puede negarse que el Señor, siempre rico en misericordia, en todo tiempo ha suscitado aquellos medios válidos, capaces de llamar a las almas al estudio del Crucificado, y de esta forma contemplar en ellas la aplicación de la Redención de su divina sangre.

Excluyendo los primeros siglos de la Iglesia, siglos fecundos de mártires, en la épocas posteriores que nos recuerda la historia, ahora se ha combatido un dogma, ora otro, ahora se han visto denigradas las cosas sagradas en una parte del orbe católico, ora en otra; pero en nuestros desventurados tiempos es general la crisis de los pueblos, e indecible la perversión de las máximas y de las costumbres, donde se ocasionan injurias a la Redención y se ve frustrada por la malicia humana la aplicación de los méritos de Jesucristo que nos ha redimido con el precio de su Sangre. En el momento presente, ¿no se debe, Beatísimo Padre, avivar el celo apostólico y seguir las luces de las almas favorecidas de Dios, con el fin de reavivar en la memoria de los mismos pueblos el inestimable precio de nuestra Redención e intentar inducirlos a la penitencia y al llanto? ¿Y no es acaso la sagrada Escritura la que nos da las pistas de la reforma? *“Ha pacificado con la sangre de su cruz todos los seres, los del cielo y los de la tierra”*. ¿No sabemos nosotros que: *“Cristo ha amado a su Iglesia, se ha sacrificado por ella, la ha adquirido con su sangre”*? ¿No nos dice la divina Sabiduría que *“justificados en su sangre, seremos salvados de la ira por su mediación”*? Ni tampoco basta proferir el nombre del Señor para salvarse: *“No quién dice: Señor, Señor, se salvará, sino el que hace la voluntad de mi Padre”*. Por tanto, dos son las cosas que particularmente deben realizarse hoy en día: la primera, encontrar el modo de aplacar al eterno divino Padre, y esto nosotros lo tenemos en los méritos de la divina sangre: *“tomaré el cáliz de la salvación...”*, y a la vez procurar la efectiva aplicación a las almas, en especial a través de las santas Misiones y de los Ejercicios Espirituales y de otras obras pías y beneficiosas adecuadas a las necesidades de los tiempos.

De hecho, estos fueron los motivos por los que el santo Pontífice Pío VII quiso erigir una confraternidad con el augustísimo título de la divina sangre. Los pecadores abusan con horror de ella y el Señor en los arrebatos de su amor se pregunta: *¿“Cuál es la utilidad de mi sangre”*? Por consiguiente, haya quien la proporcione con el sagrado culto, la adoración de desagravio y a la vez predique a los pueblos sus glorias, señalando que en esta devoción está compendiada la fe misma. Así decimos en la consagración del cáliz: *“Misterio de la fe”*; y en ella, por consecuencia, está puesta la salvación de las almas.

A esta devoción hacen referencia los oráculos proféticos, los vaticinios, las figuras, los sacrificios de la antigua alianza: *“lava en el vino las vestiduras y en la sangre del vino el manto”* se lee en el Génesis. A los Hebreos se le ordenó rociar las puertas con la sangre del cordero para verse libres de los castigos en Egipto: símbolo de la liberación de nuestras almas de la diabólica servidumbre. Después Moisés, silenciando lo que él hizo en sus días, *“tomó el libro de la Alianza, roció al pueblo con la sangre diciendo: Esta es la sangre de la Alianza que hace el Señor con vosotros...De hecho, todas las cosas son purificadas con la sangre y sin derramamiento de sangre no existe perdón.*

Y el apóstol Pablo: *“¿si la sangre de machos cabríos y de toros tienen el poder de consagrar a los profanos, cuánto más la sangre de Cristo purificará nuestra*

conciencia?” Y silenciando la mayor parte, pues las sagradas Escrituras están llenas de semejantes expresiones: “¿por qué es roja tu vestidura? ... estaba cubierto con una vestidura rociada de sangre ...”.

Sólo se puede añadir que con esta devoción se reaviva la memoria del bautismo, donde la divina sangre purifica nuestras almas, lo mismo que la de la penitencia y de los demás sacramentos. Y concluyendo, podemos decir: Porque nos redimiste, Señor, con tu sangre, nos has hecho para nuestro Dios un reino de sacerdotes.

Las demás devociones son todos medios para facilitar la piedad católica, pero esta es la base, el soporte, la esencia. Las demás devociones, surgidas en tiempos diferentes, representan una época de principio siempre santo y laudable, pero ésta es tan antigua que se remonta al momento en el que Adán pecó y por esto a Jesús se le llamó: “Cordero sacrificado desde la fundación del mundo”. Además santo Tomás dice: “La sangre de Cristo es la llave del paraíso”. Y san Juan Crisóstomo: “La sangre de Cristo es la salvación de las almas, oro inestimable es la sangre de Jesús”.

RESPONSORIO 1 Jn 5, 6-7

- R.** Este es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. * No sólo con agua, sino con agua y con sangre.
- V.** El Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. * No sólo con agua, sino con agua y con sangre.

O bien

De los escritos de santa María De Mattias, virgen

Cartas de santa María De Mattias: 25; [703 (italiano Ed. 1944 y 1947)] 207; 105; 377; 227; 12; 358; 144 (español Ed 1991)

La sangre de Jesús es toda nuestra esperanza y todo nuestro bien

Nunca se aleje nuestro corazón de aquella fuente perenne que brota de las llagas del Costado de Jesús Crucificado, nuestro amorosísimo Esposo. En ella encontrarán descanso nuestras pobres fatigas sufridas por amor de Dios.

Fijemos nuestra mirada en el Crucifijo y elevemos a Él todos nuestros afectos; recordemos que Él nos ama ardientemente, por lo que estamos seguras, que no nos dejará perecer si le somos fieles. ¡Oh, qué honor el nuestro!: servir a Dios, pensar siempre en Dios, amar a Dios, padecer para dar gusto a Dios, en fin, vivir todas de Dios. Y esto se nos concede gracias a su infinita bondad; permitírnos que nosotras, criaturas miserables, seamos elevadas a la unión con Él, más aún, es lo que se nos manda. Ante estas consideraciones ¡cómo se siente animada nuestra alma! No se apartaría nunca de los pies de su Señor, para escuchar su voz de suavísimo amor que la invita a unirse cada vez más a Él; no se sacia nunca de bendecirle, amarle, alabarle y darle gracias de todo corazón. No desea nada más que darle gusto. El gusto de su Señor es toda su complacencia, y si lo consigue, se considera rica y con tanta consolación que no sabe cómo expresarlo.

Ánimo y confianza en Dios, pues si nos falta todo el resto, no importa, con tal que gocemos de la gracia de nuestro Esposo Jesús Crucificado.

Oremos mucho por la Iglesia y amemos mucho a Jesús Redentor que la ha fundado con su preciosa sangre. Confiemos en la palabra santísima de Jesús que nos asegura que atenderá nuestra oración. Nosotras no buscamos nada más que su gloria y la salud de las almas que le cuestan sangre; y por ello esperamos mucho, mientras ponemos toda nuestra confianza en los méritos del divino Redentor que con tierno amor mira a su Iglesia, y aunque ahora la flagele, lo hace para purificarla, para hacerla agradable ante su amorosa mirada. El fin de nuestro Señor Jesucristo es el de reunir a todos los pueblos en su Iglesia, por lo que el flagelo se experimenta por toda partes. ¡Qué triunfo! ¡Qué triunfo! Oremos, oremos, oremos.

Qué consolación ver a las esposas del Cordero Divino, Adoratrices de la Preciosa Sangre, que con una sola voluntad, con una sola alma, unidas en un solo corazón, hacen resonar por todo el Paraíso el himno de agradecimiento a la infinita bondad de Dios, mientras ofrecen la sangre de su Hijo por la reconciliación del cielo con la tierra, la tierra con el cielo.

La sangre de Jesús es toda nuestra esperanza y todo nuestro bien. Sangre derramada con inmenso dolor y con inmenso amor por nuestra salvación eterna. Llenémonos de valor sin temer ni siquiera a la muerte, para que en todo momento esta sangre sea glorificada, bendecida y amada por todos.

Busquemos la unión con Dios de nuestro espíritu, donde encontraremos a la persona de su santísimo Hijo que con infinito amor se nos ha entregado, vestido de carne humana, recubierto de llagas y de sangre, invitándonos a contemplarlo con la mirada fija, para que nuestro corazón corresponda a las finuras de su delicado amor.

Jesús nos ama sin ningún mérito nuestro; amémoslo mucho nosotras porque es digno de ser amado. Amémoslo también por el gran don de la Redención y por la sangre que ha querido derramar por nuestro amor.

Nuestro único pensamiento sea hacer que todos conozcan, en cuanto nos sea posible, el amor Crucificado Jesús, cubierto de sangre y de llagas por nuestra salvación.

No se desaliente. Mucho ánimo y confianza en Dios bendito. Mucha oración. Jesús murió por nuestro amor, los méritos de sus padecimientos son nuestros. No tema, hija. Una mirada amorosa a Jesús Crucificado y anímese a fatigar por la escuela, por la salvación de las almas y por la gloria de su preciosa sangre. Le recomiendo que haga mucho silencio y mucha oración.

Para entrar en el Paraíso tenemos que pasar por muchas tribulaciones. Confiemos mucho en la sangre preciosa de Jesús. Pidamos a Dios que nos dé a conocer la preciosidad del sufrimiento. Un alma que ama a Jesucristo ama el sufrimiento, y siempre le parece no sufrir lo suficiente por quien tanto ha padecido y muerto crucificado por nuestro amor.

RESPONSORIO

Cf Ap 5, 9-10; 19,5

R. Con tu sangre nos compraste para Dios. * Nos has hecho un reino para nuestro Dios.

V. Alabad al Señor, sus siervos todos, los que le teméis, pequeños y grandes. * Nos has hecho un reino para nuestro Dios.

HIMNO Te Deum

A ti, oh Dios, te alabamos,
a ti, Señor, te bendecimos.

A ti, eterno Padre,
te venera toda la creación.

Los ángeles todos, los cielos
y todas las potestades te honran.

Los querubines y serafines
te cantan sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del universo.

Los cielos y la tierra
están llenos de la majestad de tu gloria.

A ti te ensalza
el glorioso coro de los apóstoles,
la multitud admirable de los profetas,
el blanco ejército de los mártires.

A ti la Iglesia santa,
extendida por toda la tierra,
te proclama:

Padre de inmensa majestad,
Hijo único y verdadero, digno de adoración,
Espíritu Santo, Defensor.

Tú eres el Rey de la gloria, Cristo.
Tú eres el Hijo único del Padre.

Tú, para liberar al hombre,
aceptaste la condición humana
sin desdeñar el seno de la Virgen.

Tú, rotas las cadenas de la muerte,
abriste a los creyentes el reino de los cielos.

Tú te sientas a la derecha de Dios
en la gloria del Padre.

Creemos que un día
has de venir como juez.

Te rogamos, pues,
que vengas en ayuda de tus siervos,
a quienes redimiste con tu preciosa sangre.

Haz que en la gloria eterna

nos asociemos a tus santos.

Salva a tu pueblo, Señor,
y bendice tu heredad.

Sé su pastor
y ensálzalo eternamente.

Día tras día te bendecimos
y alabamos tu nombre para siempre,
por eternidad de eternidades.

Dígnate, Señor, en este día
guardarnos del pecado.

Ten piedad de nosotros, Señor,
ten piedad de nosotros.

Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

En ti, Señor, confié,
no me veré defraudado para siempre.

ORACIÓN

Oh Padre, que con la sangre de tu Hijo Jesús, cordero inmolado en la cruz, nos has redimido, santificado y constituido tu pueblo sacerdotal: haz que todos los hombres acojan este don de tu amor, lo celebren en el gozo del Espíritu, y apaguen su sed en el cáliz eucarístico, signo de tu alianza y bendición. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Laudes

HIMNO

Pueblos todos batid palmas,
aclamad al Señor con voces de júbilo y de alegría,

porque el Señor, excelso y grande,
tuvo misericordia de nosotros.

Él, en efecto, no perdonó a su propio Hijo,
sino que por todos nosotros lo inmoló,

para redimirnos y liberarnos
de nuestros pecados en su Sangre;

de esta forma, justificados en su Sangre,
salvarnos de la ira por su mediación;

y nosotros que estábamos lejos pudiéramos acercarnos
en virtud de la Sangre de su Hijo.

Señor, Dios mío,
¿qué os devolveré por todos los bienes que me habéis otorgado?

Tomaré el cáliz de la salvación
e invocaré la virtud de esta Sangre.

Cantad himnos a Jesús, vosotros todos sus santos,
y celebrad la memoria de su santidad,

porque nos amó y lavó en su Sangre
y se hizo nuestro auxilio y nuestro redentor.

Sea bendita por los siglos la Sangre de Cristo
que hizo por nosotros cosas admirables.

Sea bendito Jesús eternamente
y se llene el cielo y la tierra de la gloria de su Sangre.

Venid, adoremos a Cristo, Hijo de Dios,
que nos redimió con su Sangre. Amén.

O bien otro himno o canto apropiado aprobado por la autoridad eclesiástica.

Ant.1. Sumergidos en el costado abierto de Jesucristo,
saciémonos en su sangre.

SALMO 62

El alma sedienta de Dios

La Iglesia tiene sed de su Salvador y anhela calmarla en la fuente de agua viva que brota para la vida eterna (Cf Cassiodoro)

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua,

¡Cómo te contemplaba en el santuario,
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré,
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
Y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Ant. Sumergidos en el costado abierto de Jesucristo,
sacémonos en su sangre.

Ant. 2. El cielo y la tierra, toda lengua y todo ser viviente
proclamen la redención del Hijo de Dios.

CÁNTICO Dn 3, 57-88. 56 Toda la creación alabe al Señor

Alabad al Señor, sus siervos todos (Ap 19,5)

Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Ángeles del Señor, bendecid al Señor;
cielos, bendecid al Señor.

Aguas del espacio, bendecid al Señor;
ejércitos del Señor, bendecid al Señor.

Sol y luna, bendecid al Señor;
astros del cielo, bendecid al Señor.

Lluvia y rocío, bendecid al Señor;
vientos todos, bendecid al Señor.

Fuego y calor, bendecid al Señor;
fríos y heladas, bendecid al Señor.

Rocíos y nevadas, bendecid al Señor;
témpanos y hielos, bendecid al Señor.

Escarchas y nieves, bendecid al Señor;
noche y día, bendecid al Señor.

Luz y tinieblas, bendecid al Señor;
rayos y nubes bendecid al Señor.

Bendiga la tierra al Señor,
ensálcelo con himnos por los siglos.

Montes y cumbres, bendecid al Señor;
cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

Manantiales, bendecid al Señor;
mares y ríos, bendecid al Señor.

Cetáceos y peces, bendecid al Señor;
aves del cielo, bendecid al Señor.

Fieras y ganados, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos

Hijos de los hombres, bendecid al Señor,
bendiga Israel al Señor.

Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor;
siervos del Señor, bendecid al Señor.

Almas y espíritus justos, bendecid al Señor;
santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo,
ensalcémoslo con himnos por los siglos.

Bendito el Señor en la bóveda del cielo,
alabado y glorioso y ensalzado por los siglos.

Al final de este cántico no se dice Gloria al Padre

Ant. El cielo y la tierra, toda lengua y todo ser viviente
proclamen la redención del Hijo de Dios.

Ant. 3. Con la Iglesia, nacida del costado de Cristo,
regocijémonos por el don de la salvación.

SALMO 149 **Alegría de los santos**

Los hijos de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, se alegran en su Rey, Cristo, el Señor (Hesiquio)

Cantad al Señor un cántico nuevo;
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo,
y adorna con la victoria a los humildes.

Que los fieles festejen su gloria,
y canten jubilosos en filas;
con vítores a Dios en la boca
y espadas de dos filos en las manos:

para tomar venganza de los pueblos
y aplicar el castigo a las naciones,
sujetando a los reyes con argollas,
a los nobles con esposas de hierro.

Ejecutar la sentencia dictada
es un honor para todos sus fieles.

Ant. Con la Iglesia, nacida del costado de Cristo,
regocijémonos por el don de la salvación.

LECTURA BREVE

1 P 2, 21-25a

Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado.

RESPONSORIO BREVE

- R.** Jesús nos clama con su sangre: * sumergiros en mis llagas.
Jesús nos clama con su sangre: sumergiros en mis llagas.
- V.** Venid, lavaros en esta sangre;
* sumergiros en mis llagas.
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo
Jesús nos clama con su sangre: sumergiros en mis llagas.

Benedictus, ant. La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis: cuando yo vea la sangre pasará de largo, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora.

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo,
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
realizando la misericordia
que tuvo con nuestros padres,
recordando su santa alianza
y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos,
le sirvamos con santidad y justicia,
en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor
a preparar sus caminos,
anunciando a su pueblo la salvación,
el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto,
para iluminar a los que viven en tinieblas
y en sombra de muerte,
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.

Benedictus, ant. La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis: cuando yo vea la sangre pasará de largo, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora.

PRECES

En la solemnidad de la Preciosa Sangre de Cristo, elevemos al Padre nuestra alabanza
en el Espíritu Santo y digamos:
En la sangre de Jesús, santifícenos.

Padre santo, que has querido a la esposa de tu Hijo sin mancha y sin arruga,

- haz que la Iglesia, por el poder salvador de la sangre de Cristo, continuamente se renueve.

Padre santo, que mediante el sacrificio de Cristo has reconciliado el cielo con la tierra,

- haz que la humanidad entera llegue a ser promotora de reconciliación y de paz.

Padre santo, tú que nos has regenerado mediante el ofrecimiento de tu Hijo,

- haz de nuestra existencia un sacrificio que te sea siempre agradable.

Padre santo, que, por medio de la sangre de Cristo, has hecho de los dos un solo pueblo,

- haz que todos los cristianos, con la fuerza de tu Espíritu, realicen la unidad por la que Jesús oró y se inmoló.

Padre santo, que en Jesús, sumo sacerdote, nos has otorgado una redención eterna,

- haz que su eficacia redentora alcance a toda raza, lengua, pueblo y nación.

Padre nuestro.

ORACIÓN

Oh Padre, que con la sangre de tu Hijo Jesús, cordero inmolado en la cruz, nos has redimido, santificado y constituido tu pueblo sacerdotal: haz que todos los hombres acojan este don de tu amor, lo celebren en el gozo del Espíritu, y apaguen su sed en el cáliz eucarístico, signo de tu alianza y bendición. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Hora intermedia

La salmodia complementaria.

Si la solemnidad se celebra en domingo se dicen los salmos del domingo de la I semana.

Tercia

Ant. La lanza del soldado traspasó el costado de Jesús:
y al punto salió sangre y agua.

LECTURA BREVE

1 Jn 5, 6-9

Este es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. No sólo con agua, sino con agua y con sangre; y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Porque son tres los testigos: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres están de acuerdo. Si aceptamos el testimonio humano, más fuerza tiene el testimonio de Dios. Éste es el testimonio de Dios, un testimonio acerca de su Hijo.

V. La sangre de Cristo nos ha devuelto la inocencia

R. con el fuego del Espíritu Santo.

Sexta

Ant. La sangre de Cristo con su grito desde la cruz,
habla de paz y de reconciliación

LECTURA BREVE

Col 1, 19-22

Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz. Antes estabais también vosotros alejados de Dios y erais enemigos suyos por la mentalidad que engendraban vuestras malas acciones; ahora, en cambio, gracias a la muerte que Cristo sufrió en su cuerpo de carne, Dios os ha reconciliado para haceros santos, sin mancha y sin reproche en su presencia.

V. Mira, oh Dios, nuestro escudo,

R. mira el rostro de tu Cristo.

Nona

Ant. Cristo, Cordero pascual,
como víctima está colgado del madero.

LECTURA BREVE

Ap 21, 3-6

Escuché una voz potente que decía desde el trono: «Esta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos

y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado.» Y el que estaba sentado en el trono dijo: «Todo lo hago nuevo;» y añadió: «Escribe, que estas palabras son fidedignas y verídicas. Ya son un hecho. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Al sediento, yo le daré a beber de balde de la fuente de agua viva.»

V. Él ha sido herido por nuestras culpas;

R. y nosotros por sus llagas hemos sido curados.

ORACIÓN

Oh Padre, que con la sangre de tu Hijo Jesús, cordero inmolado en la cruz, nos has redimido, santificado y constituido tu pueblo sacerdotal: haz que todos los hombres acojan este don de tu amor, lo celebren en el gozo del Espíritu, y apaguen su sed en el cáliz eucarístico, signo de tu alianza y bendición. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

II Vísperas

HIMNO

Por la sangre del Cordero fuimos rescatados,
lavadas en él nuestras vestiduras,
salvados y hechos nuevos en el Amor,
a ti, Cristo Jesús, cantamos nuestra alabanza.

Contigo hemos estado en la Cruz,
contigo, en tu muerte, hemos sido bautizados;
contigo estamos, Cristo, resucitados,
y en el seno del Padre encontramos nueva vida.

Oh Cristo, tu vida es una inmensa fuente
de gozo, que brota eternamente:
esplendor sin fin, en ti se sumerge
la humana pequeñez de los redimidos.

Nuestro día va declinando:
quédate con nosotros, Señor, en esta tarde,
y la certeza de nuestra fe
ilumine la noche que va avanzando.

Haz que nuestra muerte sea absorbida
por la luz gloriosa de la Pascua,
y, muertos ya en tu misma muerte,
vivamos en ti, que eres nuestra vida.

A ti Padre de bondad, te lo pedimos
por medio de tu Hijo, resucitado,
y por el Amor eterno que nos guía
hacia la luz de tu rostro.
Amén.

Ant. 1. Tú eres sacerdote eterno
según el rito de Melquisedec.

SALMO 109, 1-5. 7 El Mesías Rey y Sacerdote

Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies (1Co 15,25)

Oráculo del Señor a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies.»
Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,

entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora.»

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec.»

El Señor a tu derecha, el día de su ira,
quebrantará a los reyes.
En su camino beberá del torrente,
por eso levantará la cabeza.

Ant. Tú eres sacerdote eterno
según el rito de Melquisedec.

Ant. 2. Cristo Jesús se entregó a sí mismo
en rescate por todos.

SALMO 114 Acción de gracias

Por su medio (Cristo) ofrecemos sin cesare a Dios un sacrificio de alabanza (Hb 13,15)

Amo al Señor, porque escucha
mi voz suplicante,
porque inclina su oído hacia mí
el día que lo invoco

Me envolvían redes de muerte,
me alcanzaron los lazos del abismo,
caí en tristeza y angustia.
Invoqué el nombre del Señor:
«Señor, salva mi vida.»

El Señor es benigno y justo,
nuestro Dios es compasivo;
el Señor guarda a los sencillos:
estando yo sin fuerzas, me salvó.

Alma mía, recobra tu calma,
que el Señor fue bueno contigo:
arrancó mi alma de la muerte,
mis ojos de las lágrimas,
mis pies de la caída.

Caminaré en presencia del Señor
en el país de la vida.

Ant. Cristo Jesús se entregó a sí mismo
en rescate por todos.

Ant. 3. Para que fuésemos santos e irreprochables ante el Padre,
Jesús aceptó la cruz con amor.

CÁNTICO Cf Ef.1, 3-10 El Dios Salvador

Bendito sea Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en la persona de Cristo
con toda clase de bienes espirituales y celestiales.

Él nos eligió en la persona de Cristo,
antes de crear el mundo,
para que fuésemos santos
e irreprochables ante él por el amor.

Él nos ha destinado en la persona de Cristo,
por pura iniciativa suya,
a ser sus hijos,
para que la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido
en su querido Hijo,
redunde en alabanza suya.

Por este Hijo, por su sangre,
hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.
El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia
ha sido un derroche para con nosotros,
dándonos a conocer el misterio de su voluntad.

Éste es el plan
que había proyectado realizar por Cristo
cuando llegase el momento culminante:
recapitular en Cristo todas las cosas
del cielo y de la tierra.

Ant. Para que fuésemos santos e irreprochables ante el Padre,
Jesús aceptó la cruz con amor.

LECTURA BREVE

1 P 1, 18-21

Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por vuestro bien. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

RESPONSORIO BREVE

R. Fijemos nuestra mirada en la sangre de Cristo * y comprenderemos el valor que tiene ante el Padre.

Fijemos nuestra mirada en la sangre de Cristo y comprenderemos el valor que tiene ante el Padre.

V. Fue derramada por nuestra salvación
* y comprenderemos el valor que tiene ante el Padre.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Fijemos nuestra mirada en la sangre de Cristo y comprenderemos el valor que tiene ante el Padre.

Magnificat, ant. Con María, Mujer de la nueva alianza, glorifiquemos al Padre que nos redimió en su Hijo.

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia para siempre.

Magnificat, ant. Con María, Mujer de la nueva alianza, glorifiquemos al Padre que nos redimió en su Hijo.

PRECES

Con fe y gratitud, supliquemos a Cristo que en su sangre ha reconciliado a la humanidad con Dios.

Por tu sangre, derramada por nosotros, escúchanos, Señor Jesús.

Señor Jesús, que en la hora vespertina entregaste tu vida en sacrificio de expiación;
- te rogamos por tu Iglesia: hazla instrumento eficaz de unidad, de comunión y de paz para todo el género humano.

Señor Jesús, tu sangre derramada por nosotros es la expresión de tu infinito amor;
- te rogamos por todos los pueblos: orienta y escucha sus deseos de libertad, de justicia y de verdad.

Señor Jesús, con tu preciosa sangre nos justificaste ante el Padre;

- te rogamos por los pobres, los que sufren, los marginados: haz que en sus necesidades puedan experimentar nuestra solidaridad, ayuda y apoyo.

Señor Jesús, con la fuerza de tu sangre nos libras del maligno;

- te rogamos por todos los que anuncian el evangelio: concédeles claridad en el anuncio, coherencia en la vida y el gozo de poder compartir tu victoria sobre las fuerzas del mal.

Señor Jesús, con tu sangre purificas y nutres a tu Iglesia;

- te rogamos por esta comunidad: haz que cada día encuentre en la Eucaristía, cima y fuente de vida, el alimento para la misión.

Señor Jesús, crucificado y resucitado por nosotros, a ti que concediste el perdón al ladrón arrepentido;

- te rogamos por nuestros difuntos: concédeles participar en el banquete de las bodas eternas, en la gloria de los bienaventurados.

Padre nuestro.

ORACIÓN

Oh Padre, que con la sangre de tu Hijo Jesús, cordero inmolado en la cruz, nos has redimido, santificado y constituido tu pueblo sacerdotal: haz que todos los hombres acojan este don de tu amor, lo celebren en el gozo del Espíritu, y apaguen su sed en el cáliz eucarístico, signo de tu alianza y bendición. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.